

19 de mayo de 1878

El espíritu de la Asunción - XI

Desprendimiento gozoso de las cosas terrenas

Queridas Hijas,

Tengo hoy la intención de hablaros brevemente de una de las consecuencias prácticas del espíritu de la Asunción; aunque las virtudes sean las mismas en todas partes, en el modo de practicarlas, se manifiesta en algo el espíritu de la Congregación.

Todo el espíritu de la Asunción conduce a un desprendimiento gozoso de las cosas terrestres, a una disposición a elevarse por encima de los sufrimientos y de las dificultades, sin detenerse en quejas, sin perder el tiempo en ello. Todo lo que hemos dicho es una llamada: el misterio de la Asunción de la Santísima Virgen, esta unión a la Santísima Virgen que asciende por encima de la tierra, nos llama a elevarnos con ella a una vida celestial, y a poner en el cielo nuestros pensamientos, nuestros afectos, además esta característica de adoradoras, que es la primer que he destacado, y que hace, que, al adorar todos los derechos de Dios, nos adelantamos a su voluntad con absoluta confianza en Él.

También os he dicho que, entre las doctrinas, hay que escoger siempre aquéllas en las que Dios es más honrado, en las que se dice que Dios es el más bueno, que es el bien infinito, la sabiduría infinita, que se debe confiar en Él, esperar todo de Él, que es Padre y que en cualquier momento podemos arrojarnos en sus brazos. Todo lo que se puede pensar de Dios, para poderle amar más, es lo que debemos pensar, antes que pararnos en todas esas ideas en las que han incurrido las mentes de muchos hombres, y que no se parecen a la perfección infinita de Dios, porque conllevan algo del espíritu propio del hombre.

¿Por qué no tener un desprendimiento gozoso? ¿No nos induce todo a ello? Si Dios es nuestro Padre vayamos hacia Él, que es la bondad infinita y cuya misericordia sobrepasa la justicia. Esta disposición concuerda con la adoración, que acepta todo como venido de la mano de Dios; hace que esta aceptación no sea triste, desoladora, sino gozosa y confiada. Antes de conocer la voluntad de Dios, el alma ya confía en Él. Cuando la conoce, en lugar de lamentarse de esa voluntad del Padre, la toma por el lado bueno con un cierto desprendimiento gozoso de toda visión humana o terrena.

Después del carácter de la adoración, os he hablado del espíritu de san Agustín. Con san Agustín debemos adquirir el amor a la verdad, el amor a la Iglesia, el amor a Nuestro Señor Jesucristo, el amor a la Santísima Virgen, el amor a las almas, el deseo de extender el reino de Jesucristo en las almas. Ahora bien, Hermanas, ¡pensad cómo un alma a la que se ofrecen tantas cosas para pensar y para indagar, no puede detenerse en lamentaciones, en quejas, ni en las cosas terrenas! Continuamente, se encuentran en este mundo, dificultades, obstáculos, sufrimientos. No nos explayemos en lamentaciones sobre las cruces, sobre los inconvenientes que encontramos en esto o en aquello; todo será tiempo perdido, que podríamos emplear en llenarnos de verdad, de amor y en trabajar en el servicio de Nuestro Señor.

Pero es justo, y Dios lo quiere, que, en todo obstáculo, en toda dificultad, busquemos un remedio. Dios no nos ha colocado en la tierra como criaturas pasivas, que como los mahometanos dicen: «¡Dios lo ha hecho! ¡Mahoma es su profeta!, Somos criaturas dotadas de inteligencia y de libertad; y debemos, por medio de las reglas de la Iglesia y las de las virtudes, librarnos de las dificultades que la vida humana y el demonio oponen a todo lo que hacemos.

Soy muy partidaria de esta doctrina de san Ignacio que dice: que, ante una dificultad, ante una preocupación, ante un disgusto, pongamos atención en seguir las luces de la sabiduría y de la prudencia, como si sólo contásemos con nosotras mismas; pero al hacerlo, contar únicamente con Dios, porque todo lo que hagamos, por nosotras solas, no cuenta nada. Muchas personas del mundo se detienen en los inconvenientes, en los obstáculos, en las dificultades que encuentran; y cuando se les pregunta: “¿Qué remedio se podría tomar?” no lo saben, no buscan ninguno.

Creo que, con un desprendimiento gozoso, el espíritu de la Asunción deja de lado, como dice un Profeta, los cantos, los va, las lamentaciones, y sólo busca lo que Dios quiere que hagamos, para sacar de los incidentes el mejor partido posible para su servicio y para su gloria.

Una frase de la Sagrada Escritura contiene todo esto santa y perfectamente: “En todas las cosas interviene Dios para bien de los que aman” (19). He aquí la razón para no lamentarse: todo, Hermanas, se convierte en bien de aquellos que aman a Dios; entendedlo bien, todo, no se exceptúa nada: las faltas, cuando uno se arrepiente; las dificultades, cuando se las acepta; las penas, cuando, con ellas, se adquiere paciencia; los enemigos, el demonio, las pruebas, las tentaciones, la salud, las impotencias, las situaciones en que podamos encontrarnos, las dificultades en la oración, las luces cuando se tienen, y que no hay que rechazar, los consuelos que son un don de Dios, todo se convierte en bien de los que aman a Dios.

Al abordar las cosas de esta manera, comprenderéis, Hermanas, con qué desprendimiento gozoso, con qué fuerza, con qué confianza, con qué libertad de espíritu, con qué sencillez, con qué rectitud, con qué vacío de cosas y de palabras inútiles se soporta todo. Ante qué debe uno pararse, cuando se afronta todo diciendo: “He aquí la voluntad de Dios, la acepto de todo corazón, la quiero, la adoro... He faltado. Pues bien, me levantaré, me apartaré y no me turbaré; porque "todo coopera al bien de los que aman a Dios, dice san Pablo, incluso el pecado", como añade san Agustín sin temor. No he sido hecha para la tierra, quiero tratar de elevarme por encima de todas las penas y de todas las dificultades, de salir adelante lo mejor posible con los medios que dan mis reglas, la obediencia e incluso la prudencia natural”. Así no se pierde, en lamentaciones continuas, el tiempo precioso de la vida.

Uno de los grandes males de nuestro tiempo, es el de replegarse siempre en sí mismo. Muchas personas que no tienen ninguna notoriedad, escriben su historia, anotan todo lo que han dicho, todo lo que han hecho, sin que haya en ellos nada interesante. Nosotras debemos seguir las grandes metas que os he indicado; debemos tratar de extender el reino de Dios en el mundo, y ¡qué lástima si, por ocupamos de cosas personales, de cosas propias, nos desviásemos de esta sublime intención!

¿Por qué no animar todos nuestros pensamientos, todas nuestras palabras, todas nuestras acciones con un deseo de celo? Eso nos libraría y nos pondría en disposición de entregamos gozosamente a todo lo que concierne al servicio de nuestro Padre celestial.

----- (19) Rm. 8, 28.

A medida que uno se desprende de las palabras, de los pensamientos inútiles, de las quejas, de las lamentaciones, de las preocupaciones del mundo, se alcanza mejor el reino de Dios, uno mismo se colma de mejores bienes, se busca más la palabra de fe que puede hacer el bien, se habla con más frecuencia a Dios y de Dios. Con ello todo es ganancia; y si hay algo que se pierde, es cierta necesidad de pensar en sí mismo; y si esto nos ocurre, es necesario pedirle a Dios que nos aparte de tal pensamiento.

Antes de la caída, el hombre veía todas las cosas en Dios y a Dios en todo; pero cuando su vista se enturbió por el pecado, cuando su inteligencia se oscureció por la ignorancia, cuando la concupiscencia se adueñó de nosotros, entonces el hombre se sintió inclinado a detenerse en las cosas superficiales y en sí mismo. Cuántas personas, en esta ciudad de París, despliegan su actividad en una vida materialista y superficial. He oído a alguien que las comparaba con las ardillas, que dan vueltas y vueltas sin cesar, con una agilidad tan fatigosa como inútil. Se levantan, se visten, se hacen visitas, van al parque, vuelven a casa para comer; después hay que ir a un espectáculo o a una fiesta. Se crean obligaciones, deberes pueriles; la vida transcurre con una agitando febril, no se tiene tiempo para nada. Es una vida completamente inútil y predispuesta a la caída; porque no es natural que un ser inteligente, sienta complacencia en dar vueltas así en un círculo insulso. Y, sin embargo, es un hecho: cuántas personas de ese mundo no conocen otra cosa. ¿Qué dan a Dios semejantes vidas? ¿Cuáles son las obras que se hacen para Él?

Tenemos que oponernos a esto, Hermanas, no sólo alejando a nuestras niñas del mal, sino también previniéndolas contra la vida inútil, la vida en la que se olvida dirigir todas las cosas a Dios, nuestro fin eterno. Y respecto a nosotras, desprendámonos cada vez más de aquello que podría permanecer en nosotras todavía, de esta inclinación al pecado original; dejemos a nuestros pies las cosas bajas, ruines, inferiores, para elevarnos constantemente hacia Dios, ocuparnos de Dios, amar a Dios, negar a Él por este desprendimiento santo y gozoso, que siempre hemos reconocido como una de las características de la Asunción y como la conclusión de los distintos principios que hasta ahora hemos expuesto.